

# El PRI preside México

## *Cuando despertó, el dinosaurio seguía ahí*

**RESUMEN:** Tras doce años de gobierno del Partido de Acción Nacional (PAN), el Partido Revolucionario Institucional (PRI) asumía el pasado 1 de diciembre el gobierno de México. En este editorial se analizan las razones que han devuelto la Presidencia al PRI. El Partido Revolucionario Institucional, pese a la bonanza económica que en medio de la crisis internacional ha vivido y a los beneficios sociales cada vez más universales, ganó las pasadas elecciones presidenciales en clave «de continuidad de una fuerza nunca perdida» y no en clave de un futuro mejor para todos los mejicanos.

**PALABRAS CLAVE:** México, PAN, PRI, narcotráfico, Felipe Calderón, Enrique Peña Nieto, crecimiento sostenido.

### ***The PRI holds the power in México When he awoke, the dinosaur was still there***

**ABSTRACT:** After twelve years of being the National Action Party in government, last December 1<sup>st</sup> the Institutional Revolutionary Party (PRI) took office. In this editorial we will discuss the reasons why PRI has returned to the presidency. Despite the economic boom and the increasingly social benefits, the Institutional Revolutionary Party won the last presidential election as a «continuation of a never lost power» and not as «a better future for all Mexicans».

**KEYWORDS:** México, PAN, PRI, drug trade, Felipe Calderón, Enrique Peña Nieto, sustained growth.

El pasado 1 de diciembre Felipe Calderón Hinojosa, del PAN (Partido de Acción Nacional), hacía entrega de la bandera nacional mexicana como símbolo del traspaso del poder presidencial a Enrique Peña Nieto, del PRI (Partido Revolucionario Institucional), triunfador en las elecciones de julio. Mientras tanto, en los alrededores del Palacio Nacional se sucedían violentas manifestaciones como denuncia contra prácticas de fraude —*acarreo* de votantes, compra de votos, etc.— de las que el PRI acredita una larga historia. Los resultados electorales reeditaban lo vivido por Calderón cuando asumió en 2006 su mandato

con resistencia no exenta de escándalo esgrimida por el líder del PRD (Partido Revolucionario Democrático), Andrés Manuel López Obrador, AMLO o el *Peje*, siempre insatisfecho con los resultados electorales que no le son favorables. En la campaña no faltaron revueltas de jóvenes indignados de diverso signo político, como los universitarios del *Movimiento 132* que protestaban ante el regreso del PRI; ni detenciones que recordaron las ya lejanas matanzas de Tlatelolco. Sólo doce años, dos sexenios, ha ejercido la presidencia el PAN, primero con Vicente Fox y luego con Calderón, a pesar de los logros económicos de este período y de la saludable alternancia que puso fin a más de setenta años de presidencia priista. Cabe preguntarse qué hizo posible este retorno a Los Pinos del PRI que, analizado el contexto en relación con sus precedentes, merece calificarse como continuidad de una fuerza nunca perdida.

### Las posibles razones del fracaso del PAN

Los resultados electorales muestran inequívocamente la derrota del PAN, que pasa de primera a tercera fuerza. Según el IFE (Instituto Federal Electoral), la alianza *Compromiso por México* constituida por el PRI y el PVEM (Partido Verde Ecologista) sumó 19.226.84 votos, un 38,21 por 100; el PRD en su agrupación de izquierda *Movimiento Progresista* junto con el PT (Partido del Trabajo) y *Movimiento Ciudadano*, 15.896.999 votos, el 31,59 por 100; el PAN, 12.786.647, un 25,41 por 100, y Nueva Alianza (el *Panal*), 1.150.662, 2,29 por 100; más 1.241.154 votos nulos y 20.907 no registrados, respectivamente 2,47 y 0,04 por 100. El fracaso panista llegó a pesar de logros indudables de su etapa presidencial. Entre otros: crecimiento económico tres años consecutivos con expansión del 16 por 100 desde mediados de 2009; saneamiento de las arcas del Estado —con reservas internacionales superiores a los 160.000 millones de dólares, más de dos veces la deuda externa—; una reforma fiscal que permitió aumentar la recaudación en 1,1 por 100 del PIB; desarrollo de un ambicioso plan de apoyo a la industria con reducción de 60 a 10 días en los trámites para la creación de empresas, exportación de televisores y teléfonos inteligentes, y cuarto exportador de automóviles superando a Estados Unidos; inversión en infraestructuras y telecomunicaciones del 5 por 100 del PIB; una reforma laboral que ha permitido la creación de 2.200.000 empleos desde 2007; el *seguro popular* que da cobertura universal en

salud; o el presupuesto triplicado de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México). En un contexto de crisis internacional, en el primer trimestre de 2012 el PIB creció un 4,6 por 100 respecto del mismo período de 2011.

Los resultados de julio revelaron que la candidata panista, Josefina Vázquez Mota, con errores de principiante, una campaña «antigua» para un México moderno y la falta de apoyo de Calderón —porque su candidato Ernesto Cordero perdió las elecciones internas del PAN— no despertó el entusiasmo de buena parte de la ciudadanía. Pero también que la lucha encarnizada que emprendió Calderón contra el narcotráfico que penetraba todos los estamentos sociales y de poder, con resultado de más de 50.000 muertes violentas —la mayoría de grupos criminales rivales, pero también de policías, civiles y miembros del ejército—, produjo un comprensible temor en el electorado. Las matanzas cometidas por el narcotráfico, como el incendio del Casino Royal (52 víctimas mortales) o una guardería del DF (49 niños muertos), el hallazgo de cuerpos decapitados, entre otras muchas acciones espeluznantes de los cárteles asediados, incrementaron la inseguridad y revelaron demasiados defectos de coordinación en la lucha contra la delincuencia. Las esperanzas del PAN parecieron disiparse por la decepción de muchos, incluso entre los seguidores más entusiastas del partido *blanquiazul*, en gran medida porque el gabinete de Calderón no asumió el poder con un liderazgo claro, con la decisión y el acierto que cabría esperar, ni con los miembros experimentados que requería tan enorme responsabilidad; o como afirman muchos de sus fieles, «no se supo vender», y «anduvo muy pusilánime». Frente a las críticas recibidas por Calderón, Peña Nieto contó además con el apoyo del mayor grupo mexicano de comunicación, Televisa; y, por otra parte, el temor a un posible triunfo de la izquierda radical del PRD, encabezada por AMLO, proporcionó al PRI un número considerable de votos. Ante el descontento con el PAN y el miedo al desorden golpista del PRD de Obrador, el PRI con sus muchos defectos suponía la vuelta a cierta seguridad conocida: el mal menor.

Pero hay otro factor mucho más profundo que explica el éxito priista. A pesar de los sexenios panistas y del presidencialismo del sistema, el PRI mantuvo en estos doce años el poder en la mayoría de los estados, con sus políticas de siempre, más cercanas a la demagogia, al paternalismo de concesión de becas, ayudas, beneficios, en una palabra al clientelismo alimentado con eficacia innegable en su experiencia de casi un siglo.

Como diría Octavio Paz, supo ejercer de *Ogro filantrópico* en sus feudos estatales. A la vista del mapa político de los últimos años, los gobernadores priistas han mantenido inalterable su hegemonía, haciendo de la alternancia un espejismo momentáneo: de los 31 estados, una veintena ha sido priista, con el control de la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión; y sólo siete panistas y cuatro del PRD como también lo es el Distrito Federal. El propio Peña Nieto fue gobernador del Estado de México, y desde su gubernatura dio el salto al ámbito nacional. En el municipal, tradicionalmente relevante por su cercanía a los ciudadanos, el PRI ha mantenido su preeminencia en más de mil municipios (ayuntamientos) de los 2.457 del país. La autonomía de cada estado, que incluye constitución, ejecutivo, legislativo y judicatura propios, ha permitido al PRI conservar el poder más cercano a la población, con sus redes de influencia, de persuasión y de clientelismo bien *aceitadas*, como se dice en México, al margen de la presidencia panista. Desde sus inicios revolucionarios, más que un partido tiende a constituirse en un régimen que *ocupa* la sociedad civil, está infiltrado en ella de tal manera que hace realidad la expresión de uno de sus representantes: *el PRI es México, México es del PRI*. Ni los altos índices de corrupción que han caracterizado su gestión en múltiples casos —incluida la comprometida vinculación de dirigentes con el narcotráfico, los casos actuales comprobados de lavado de dinero, endeudamientos millonarios de estados como el de Coahuila, entre otros—, ni los episodios de luchas fratricidas que en más de una ocasión han protagonizado sus *familias* internas han hecho mella en su poder real. Cabe preguntarse qué espera el pueblo mexicano en esta nueva etapa con su decisión.

### Las motivaciones populares

A pesar del carácter crítico del mexicano a la hora de definirse, las encuestas pueden orientarnos acerca de las razones del cambio en relación con sus expectativas. Una encuesta reciente de *El Universal* revela que el 41 por 100 de los mexicanos cree que la situación del país mejorará en este mandato; un 11 por 100, que será «igual de bueno»; un 10 por 100, «igual de malo»; para un 23 por 100, «definitivamente peor», y un 15 por 100 no quiso o no supo qué contestar. Respecto a los problemas más apremiantes, un 36 por 100 considera primero el de la inseguridad y la delincuencia, seguido por el desempleo (31 por 100),

la pobreza (15 por 100), la lucha contra el narcotráfico (11 por 100) y las mejoras educativas y sanitarias (4 y 3 por 100, respectivamente). Las mayores expectativas a corto plazo son la creación de empleo, la mejora económica y la reducción de la pobreza; mientras que son más bajas y en un plazo más largo, la disminución de la inseguridad, el combate al narcotráfico y la corrupción. Estos datos parecen indicar que la denodada lucha contra la corrupción y los cárteles que emprendió Calderón con alto costo para su partido, no fue para los mexicanos que dieron su voto a Peña Nieto la prioridad; que tal vez no se visualiza la necesidad de acabar con estas lacras o no se comprende su incidencia negativa en el desarrollo del país. Peña Nieto orientó su campaña hacia las expectativas de la gente; y parece que el pragmatismo mexicano prima sobre toda otra posible consideración. Algún analista afirma incluso que México ha sufrido «amnesia electoral».

### La fuerza ininterrumpida del PRI

Desde su fundación en 1929, el PRI mantuvo —como *dictadura perfecta* en palabras de Vargas Llosa— la presidencia hasta el 2000; y todas las gobernaciones —los 31 estados y el DF—, hasta su primera derrota ante el PAN en Baja California en 1989 y la pérdida de la mayoría en la Cámara de Diputados en 1997. Pero en los últimos años su recuperación es innegable y en las recientes elecciones, en la alianza *Compromiso con México* con el PVEM (Partido Verde Ecologista de México) suma 241 diputados (del PRI, 164 electos y 41 plurinominales, los que representan a las cinco áreas geográficas que agrupan a varios estados) y es el primer grupo en la de Senadores con 61 representantes (del PRI, 41 electos y 11 plurinominales); frente a la alianza PRD-PT-MC, que ha conseguido 135 diputados y 28 senadores; el PAN, con 114 diputados y 38 senadores, y el *panal*, 10 diputados y un senador. En síntesis, como gusta declarar el propio partido, más del 60 por 100 de la población es gobernada por el PRI, y por el poder del voto, es *priista*. El PRI sigue siendo, prácticamente desde sus inicios, la primera fuerza política de los Estados Unidos de México, y el *interregno* panista parece solo eso: un *interregno*. No es, lamentablemente, un caso único en Latinoamérica. La hegemonía del peronismo en Argentina o del *chavismo* en Venezuela, los más graves, y sus triunfos electorales revelan que estos regímenes han

logrado silenciar la disidencia y debilitar —si no destruir— la alternancia; que con sus estilos demagógicos y las emociones que saben despertar en millones de votantes han secuestrado la voluntad de amplias capas de la población, *ocupando* parte del espacio que correspondería a la sociedad civil con prácticas populistas, promesas, muchas incumplidas sin que esto parezca importar al electorado. Todo parece legítimo con tal de conservar el poder: fraude, corrupción, reformas constitucionales *ad hoc*, *cordón sanitario* a la oposición, expropiaciones forzosas, destrucción sistemática de la libertad de prensa —los periodistas críticos son víctimas de leyes *mordaza*, expropiación o cierre de emisoras— y de los derechos humanos. Es de desear que el «nuevo PRI» de Peña Nieto no caiga en estos errores continentales.

### México a la espera de soluciones

Peña Nieto ganó las elecciones enarbolando la bandera de «un nuevo PRI», con formas que pretendían marcar diferencias con el viejo partido. En esta línea, hizo un llamamiento a todas las fuerzas políticas del Congreso, donde no cuenta con la antigua mayoría absoluta porque el período panista ha visto florecer nuevos partidos en libertad, lo que hay que reconocer al PAN, como su limpieza en la aceptación de la derrota y la alternancia, incluso de descontentos con las siglas mayoritarias. No lo tendrá fácil en un país de 112 millones de habitantes y enormes desigualdades, entre fortunas como la de Carlos Slim, el hombre más rico del mundo, y el 50 por 100 de pobres según la CONEVAL (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social) en su Informe 2012 sobre datos del 2010, de pobreza extrema el 11,7 por 100, y moderada, el 40,3 por 100; que ocupa el Top 3 mundial en sobornos, sólo superado por Rusia y China según Transparencia Internacional; o que se sitúa en la posición 100 de 183 países en el Índice de Percepción de la Corrupción de 2011 de la OCDE. Un México pletórico de recursos naturales y humanos merece una política responsable y alejada de la corrupción, de la impunidad y de los viejos hábitos.

En el traspaso de poderes Peña Nieto firmó el *Pacto por México* con el PAN y el PRD que, si se cumple, supondría un avance en las reformas emprendidas, en la realidad y no sólo en la retórica que tan

bien sabe desplegar el experimentado PRI. Son múltiples los desafíos que plantean los nuevos tiempos y no caben ya recetas del pasado. El primer objetivo de Peña Nieto es, según sus palabras, pacificar el país, cambiando los esquemas de lucha contra el narcotráfico —por ahora mantiene al ejército en ella, lo que criticó en campaña— con un Programa Nacional de Prevención del Delito en paralelo con la lucha contra la pobreza. «La inseguridad y la violencia han robado la paz y libertad de diversas comunidades», afirmó, y «debemos cambiar de paradigma: entender que no habrá seguridad mientras no haya justicia». Entre las trece medidas de su toma de posesión prometió mantener la estabilidad macroeconómica; anunció una ley para «poner orden» al alto endeudamiento de gobiernos regionales y austeridad y disciplina presupuestal con la consigna de que «un gobierno eficaz debe ser capaz de hacer más con menos», una Ley de Víctimas de la Violencia; la impunidad con una reforma constitucional que unifique códigos y procedimientos penales que sustituyan los 33 actuales «que castigan de manera distinta los mismos delitos» según la región. Propuso emprender una «cruzada nacional contra el hambre» en los próximos 60 días, con el apoyo de la sociedad civil, empresarios, grupos religiosos y todos los que quieran sumarse. Para el presupuesto 2013 prometió el seguro *Jefas de familia* para que en caso de muerte sus hijos sean apoyados económicamente por el Estado hasta que terminen la universidad; y la ampliación del actual seguro con el fin de que todos los mayores de 65 años reciban una pensión. Su promesa de «reformas para generar mayor competencia en telefonía, servicios de datos y televisión», en un medio dominado por las empresas de Slim en telefonía y por Televisa y TVAzteca, responde a las críticas recibidas por el papel despeñado por estas cadenas en su campaña. Anunció también una reforma educativa para modernizar un sector con fuertes resistencias en temas como las evaluaciones docentes y la eliminación de prácticas como las plazas vitalicias o hereditarias; el desarrollo de infraestructuras, en especial en el sur pobre del país; una amplia red ferroviaria de pasajeros; y avanzar en una reforma energética, fiscal y del sistema de seguridad social para convertir a México «en una potencia».

Confiemos en que Peña Nieto pueda llevar a cabo las reformas que el país necesita y merece con un equipo de los mejores, no de los simplemente leales; y en que cumpla su promesa de ser un «presidente democrático», de trabajar para que México deje de ser, según sus palabras, un país de «dos velocidades», entre ricos y pobres. Pero no podemos evitar que la situación política mexicana actual nos evoque el

famoso microcuento de Augusto Monterroso con el que abríamos este editorial. En una de las múltiples ocasiones en que el omnímodo PRI ganaba elecciones bajo sospecha, el escritor guatemalteco afincado en México denunciaba sutilmente el anquilosamiento en el poder, así como la perduración de los hábitos de sus viejos caudillos —los *dinosaurios* en la vida mexicana—. Hoy como ayer pero abriendo la puerta a la esperanza, puede decirse de México que: «Cuando despertó, el dinosaurio seguía ahí». ■